

EL JARDÍN DE LAS DELICIAS | Carlos Be

Me retiré de la partida al descubrir las primeras canas alrededor de mis pezones. Acabé de abotonarme la camisa, le di la espalda al espejo y salí de la habitación. El amasijo de cuerpos desnudos tiritaba sobre la cama. Sólo una mano abierta me pidió, en silencio, volver con ellos, pero el gesto se fundió enseguida en aquel tumulto de carne. El conserje del hotel no medió palabra conmigo y, con la maleta bajo el brazo, abandoné Milán.

En Nueva York la vida de las aceras se convierte en un atentado continuo a la intimidad. Nada se resiste al embate de la marabunta e incluso la razón de ser se extravía, sobre todo por las noches. Los hombres perdidos recorren laberintos oscuros y se acompañan entre sí hasta que la razón regresa a casa de madrugada, por su propio pie, y les sorprende balanceándose entre las sábanas, grita y les separa.

Como latino, el calor —y el sudor— aúlla por mi sangre. Con veinticinco años, ya sabía devastar esperanzas con un simple desprecio de ojos y no creía en la pareja tradicional, menos aún en la Polla Universal. Y quería entrar en DTdL. Se lo consulté a mi novio de entonces, Adam, y estuvo de acuerdo. ¿Por qué no?, me dijo. Se iniciaba la partida.

Contacté con DTdL a través de un foro en Yahoo! Groups. DTdL es el acrónimo de la organización De Tuin der Lusten. Celebran cuatro convenciones al año, siempre en una ciudad europea distinta. Recuerdo parte del proceso de admisión, algunas de las pruebas. Te citan en una cafetería y el Funcionario —así se presenta— extiende sobre de la mesa una hoja con una silueta humana pintada y pide que la completes. Si comienzas por los ojos, eres un tipo listo. Si por el cabello, narcisista. Si te entretienes en los dedos, falto de afecto... Recuerdo que en el antebrazo de la figura quise dibujar un viaje, no sé por qué, qué ocurrencia, pero no supe cómo trazar algo tan abstracto y me bloqueé. Y la salva de preguntas: cinco rasgos que te gusten en un hombre, y cinco ademanes. Mis respuestas: Los ojos claros, la frente franjada de arrugas, la mano en reposo entre los muslos abiertos... Adam hacía lo mismo en otra cafetería a trescientos kilómetros de allí. Los dos Funcionarios lo anotaron todo en sus cuadernos con tapas azul marino y antes de despedirse, dijeron que en breve nos informarían del resultado y así fue. La carta llegó un domingo de noviembre. En su interior, el *sexport* y un par de billetes para Luxemburgo. Ninguno de los dos estábamos preparados para aquella convención. Aún no lo sabíamos, pero DTdL superaría nuestras expectativas. Aún me estremezco cuando recuerdo la última vez que vi a Adam, su expresión, su intimidad convertida en carnaza de las hienas. Volamos juntos a Luxemburgo y allí le perdí. Regresé solo a Nueva York.

Después de aquella convención, se sucedieron otras. Yo mismo hozaría en muchos costillares, sin saber que cualquier juego acota la búsqueda, es decir, la vida. DTdL se nutre del hambre por las emociones fuera de serie y explota la privacidad, desdeñando las aduanas de la comunicación. Ofrece el exceso al borde del precipicio y promete la doma de todos los deseos imaginables. Tardé en comprender que a nadie le interesa que sepas lo que quieres: te imponen lo que otros quieren... y es tanto. Se trata de ganar o perder y, mientras tanto, una DtDL sin fin te va robando. Y te roba mucho. Te roba incluso el tiempo. Las canas alrededor de mis pezones en Milán. Me sentí embaucado.

Ahora, de vuelta a Nueva York, escribo a la velocidad del guepardo. Quiero expiar, olvidar. Mi único amigo se llama Roger y es heterosexual pasivo. Uno de los pocos hombres que ha sabido superar tanto prejuicio, tanto rol adquirido. Al principio le costaba mucho encontrar novias activas, hasta que decidió abrir una tienda de consoladores cerca de mi calle y desde entonces, liga todo lo que quiere y más. Algún día el mundo entenderá que la mejor opción es el empate.

He dicho que no creo en la pareja convencional, pero ello no me impide amar. Al menos desde hace cinco años. Se llama Charles. Le conocí un día que llovía torrencialmente. Yo esperaba bajo la marquesina de la tienda de Roger cuando un desconocido se refugió a mi lado. Su mirada cruzó la calle inundada. Me ofrecí a acompañarle con el paraguas hasta la otra acera y ya no pude separarme de él. Aquella noche sus ojos azules brillaron como los últimos ojos azules del mundo y descubrí que la bondad con la felicidad suman la belleza, sin más.

Mis dedos se entretenían con la luna tatuada en su antebrazo. Nuestros sexos bendecidos sonreían, aún húmedos. Fueron unas primeras horas muy intensas. Le confesé que, como latino, muchas veces me había sentido marginado. Lloré en sus brazos como no hacía desde Adam. No importa el color, sino su pureza, me susurró Charles y yo, que siempre me había creído el niño cojo de Hamelin, de repente brinqué y descubrí que todo lo que tenía que decir estaba dentro de mí, no afuera.

Desde hace cinco años en mi jardín particular crece el hombre de mis amores. Es complicado contarlo con palabras, pero a veces veo a través de su mirada y me sobrecojo. Es el amor, dice Charles. No me gusta ese término: prefiero emocionarme al ver una mimosa en flor y descubrirme pensando en él. El amor es un jardín que hay que cuidar, dice. El empate. Y el jardín nos sobrevivirá, dice, es nuestra obra. Cuidémosla hasta el final.

PHOTO: JONNY RUEDA-GUALDRON

THE GARDEN OF DELIGHTS | Carlos Be

I withdrew from the game when I discovered the first gray hairs around my nipples. I finished buttoning my shirt, turned my back to the mirror, and left the room. The mass of naked bodies shivered on the bed. Only one open hand beckoned, in silence, for me to return, but the gesture melted away in that throng of flesh. The hotel concierge didn't say a word to me as I walked out, and, with my suitcase under my arm, I left Milan.

In New York, life on the streets becomes a continuous assault on intimacy. Nothing resists the onslaught of army ants, and you even lose your *raison d'être*, especially at night. Lost men run through dark mazes and keep each other company until reason comes home at dawn, on its own two feet, and surprises them as they frolic under the sheets; it screams and separates them.

As a Latin man, heat and sweat howl through my blood. At the age of twenty-five, I already knew how to dash hopes with a cold stare and I didn't believe in monogamy or in the Universal Cock. I wanted to join DTdL. I talked it over with my boyfriend at the time, Adam, and he was supportive. Why not, he said. The game was beginning.

I contacted DTdL through a forum on Yahoo! Groups. DTdL is the acronym of the organization De Tuin der Lusten. They hold four meetings per year, in different European cities. I remember part of the screening process, some of the tests. First, you're summoned into a cafeteria by The Officer, this is how he introduces himself. You're seated and The Officer lays on the table a sheet of paper printed with a person's silhouette. You're instructed to fill in the figure's features. If you start with the eyes, you're considered sharp. If with the hair, you're narcissistic. If you spend too much time drawing fingers, it indicates a lack of affection. I remember wanting somehow to draw a trip on the forearm of the figure. I don't know why, or what I was thinking, but I didn't know how to draw something so abstract. I became blocked. Next came a barrage of questions: what are five traits you like in a man, and also five positions? My answer: bright eyes, a forehead framed with wrinkles, a man's hand resting between his open thighs. Adam was undergoing a similar examination in another cafeteria three hundred kilometers away. The two Officers wrote everything down in their navy blue notebooks and before they left, they said they'd report the outcome to us shortly, and so it was. The letter came on a Sunday in November. The *sexport* and a pair of tickets to Luxembourg were inside. Neither Adam nor I was prepared for this. And although we didn't know it at the time, DTdL would exceed our expectations. I still shudder when I remember the last time I saw Adam, his expression, his intimacy turned into bait for hyenas. We flew together to Luxembourg and there I lost him. I returned alone to New York.

After that meeting, others followed. I would bury my face in countless bosoms, not realizing that all games narrow life's search. DTdL nourishes itself on exceptional hunger and exploits privacy by eliminating the boundaries of communication. It offers over-the-top excess and promises to tame all the wishes you can imagine. It took me a while to realize that nobody is interested in you knowing what you want: they impose upon you what others want; and that's a lot. It's all about winning or losing. In the meantime, the limitlessness of DTdL steals from you. And it steals a lot. It even steals time from you. The hair around my nipples in Milan. I felt tricked.

Now, back in New York, I write at the speed of a cheetah. I want to atone, to forget. Here, I only have one friend, Roger, a heterosexual bottom. He is one of the few men who has managed to overcome so much prejudice, so much acquired role. At first it was hard for him to find girls who'd top him, until he decided to open a dildo shop near my street. Since then, he hooks up as much as he wants, and even more. Someday the world will understand that an equal score is the best option.

I said I don't believe in conventional relationships, but this doesn't prevent me from loving. At least for the past five years. His name is Charles. I met him one day when it was raining torrentially. I was waiting under the awning of Roger's shop when a stranger took refuge at my side. His eyes crossed the flooded street. I offered to accompany him to the other side of the street with my umbrella, and from that moment I haven't been able to leave his side. That night, his blue eyes shone like the last blue eyes in the world and I discovered that beauty is the sum of goodness plus happiness, and nothing more.

My fingers played with the moon tattooed on his forearm. Our blessed sexes smiled, still wet. Our initial hours were very intense. I confessed to him that as a Latin man, I had often felt marginalized. I cried in his arms, as I hadn't done since Adam. Color doesn't matter, only purity, Charles whispered to me. And I, who had always thought myself the lame child of Hamelin, suddenly leaped up and discovered that all I needed to say was inside of me, not outside.

For the past five years, the man of my dreams has been growing in my private garden. It's difficult to put into words, but sometimes I see through his eyes and I'm taken by surprise. It's love, says Charles. I don't like that term: I prefer to be moved by a mimosa tree in bloom and find myself thinking about him. Love is a garden that has to be cared for, he says. An equal score. And the garden will survive us, he says, it's our project. Let's take care of it until the end.